



Una escena de conjunto del primer acto.

La vida rota

Alta comedia en tres actos, por René Hurtado Borne.

Basada en un conflicto de aquellos que por lo corriente casi no constituyen novedad dentro de la frivolidad social, que tiene tantas complicidades, Hurtado Borne ha escrito una comedia bien medida, emocionada muchas veces y varias veces regocijada.

No nos detendremos en los detalles técnicos, que resisten todo análisis; nos limitaremos al asunto propiamente dicho, al ambiente en que se desarrolla y a los tipos que lo generan.

La obra empieza en una colonia veraniega donde la gente bien mata su hastío en diversiones casi siempre peligrosas. Se juega al bridge y se juega al amor. Ellas y ellos, encuentran encanto en las mutuas infidelidades que son de tan buen tono! Desfilan por la obra los más diversos caracteres, fijándose indeleblemente el de Humberto, joven que hasta el día en que empieza la acción, ha sido el pájaro azul de la sociedad frívola y atropellada en que vive. Humberto es ingeniero, casado con Eulalia, tiene hijos y respeta su hogar. Siempre ha creído que la felicidad consiste en tener lo que él tiene: prestigio profesional y armonía en su hogar con hijos bellos y con mujer amable.

Pero hay en la vida un prurito fatal: si el hombre no engaña a su esposa, no es hombre; hay que correr la aventura pecaminosa, hay que dejar alguna vez la luz, hay que enfangarse con lodo social... todo es cuestión de tiempo y oportunidad y Humberto, rodeado de malos ejemplos con sabor a justificación, siente despertarse en su alma el deseo de completar su personalidad, engañando a su esposa, tan amante, tan ingenua, tan regalona, la madre de sus hijos...

Es que a la colonia ha llegado Susana, artista española, esposa de un violinista, mujer que triunfa porque ilumina su marcha con una aureola galante, porque es bella y maestra en el arte de pecar con belleza (muchas veces se peca feamente).

Susana se fija en Humberto y lo conquista sintiendo tal vez algo de la pagana sensación en *Thais* al conquistar al austero Pafnucio; pero su conquista es fácil; el traidor contenido que todo hombre lleva dentro, se alzó fuerte e impulsivo y pidió amor mercenario, que él embelleció con la locura de su exaltación.

Y la buena esposa pasó a ser ridícula, etc.: la tragedia vulgar... lo de siempre.

Pero la esposa vejada, blanco de feroces burlas y de insultantes compasiones, también

se alzó, y llena de dignidad pidió cuentas y decidió vengarse. Contaba para ello con Nicolás Val, poseedor de los mil secretos del ama femenina pecador avezaño y bueno (valga la paradoja).

La obra sigue deslizándose irónica hasta la mueca; una sombra de tragedia envuelve ese hogar donde ya no se ríe, donde sólo se duda, se reprocha y se sufre. Humberto, desengañado, cruelmente desengañado, trata de reconstruir su hogar, y en el momento en que la ternura de su esposa se convierte en caricias se ve obligado a dejarla, tiene que llenar una misión importante: rescatar unas cartas que lo comprometen, de poder de Susana, que en esa misma hora debe partir.

El efecto es terrible, la más feroz desesperación sacude a la esposa, que se siente insultada, que tiene la seguridad de que su esposo ha salido para serle de nuevo infiel.

Trastornada, totalmente trastornada, piensa en la vulgar vergüenza que pierde a tantas: hacer traición. ¡Cómo si una traición destruyera otra, como si aumentando el dolor, el sufrimiento se borrara!

Nicolás llama por teléfono y ella le da una cita; está dispuesta a todo. Y será en el hogar que amó al lado de sus hijos... Hasta el concepto honor ha muerto en ella, en la buena Eulalia...

Espera cuando llega Humberto, dispuesto a vindicarse, depurado por tanto dolor, por tanta duda... pero ella no le esperaba a él, sino a otro... El triángulo fatal... Y surgen las quejas que son amenazas, las lágrimas que son protestas; él exige explicaciones, que ella no se cree en el deber de dar dentro de su vengativa obcecación; la obra sube hasta el más cruel fatalismo, parece que en realidad la vida se ha roto. Llega Nicolás Val y en ese momento el drama tiene reflejos de tragedia; pero la esposa, vuelta a la realidad, lo despidió diciéndole que "aquel negocio no se realizará ni ahora ni nunca!"

Y viene la reconciliación, aún hay lágrimas, pero también hay ternura, mucha ternura. No era verdad que la vida se había roto...

Así termina esta obra, enormemente humana, que acusa en su autor un completo conocimiento de la vida y al que aplaudo por su sinceridad para sentir y para expresar.

La interpretación fue muy correcta, sobresaliendo la señora Padín que tuvo a su cargo un complicadísimo rol, del cual hizo una creación. La obra se reprisa mañana domingo, en vermouth.

ACEVEDO HERNANDEZ.